

La visita a Inglaterra de Juana I (enero-abril de 1506)

GILLIAN BEATRICE FLEMING*

La disgregación de la pieza original para adaptarse a los nuevos estilos prueba un significado más allá de su calidad musical. Su indudable ubicación dentro de la celebración del *Corpus Christi* como parte de una alegoría triunfal de la fe católica, y las connotaciones específicas que la fiesta adquiere en territorio hispano, consiguen perpetuar la obra a través de los siglos como un vestigio del clima heroico y celestial que los Reyes Católicos imprimen a sus victorias. No hay duda de que los actos que celebran la unión religiosa y política están dirigidos a perpetuarse en la memoria, utilizando todos los recursos disponibles, y la música jugó un papel definido para ayudar a promover esta unión.

No sabemos si la interpretación posterior de esta obra conservó todo, o parte, del significado que alcanzó la celebración triunfal a la que acompañó. Si evocaba un pasado glorioso, los triunfos reales en general, o si tan solo se mantuvo como costumbre y, más tarde se convirtió en tradición. Pero lo que es obvio es que el empeño de Isabel y Fernando en fundir los éxitos de la corona y la iglesia, utilizando el ceremonial del que forma parte esta pieza, tuvieron el suficiente éxito como para perpetuar una obra musical durante más de trescientos años en el panorama sonoro de la alegría del triunfo católico.

EN ENERO DE 1506, WILLIAM MAKEFYRR FUE TESTIGO DE UN ENCUENTRO EXTRAORDINARIO cerca del castillo de Windsor: una reunión de reyes. En una carta dirigida a ciertos mercaderes londinenses les contó que el rey inglés, Enrique VII, había llegado montado en un caballo bayo, ataviado con un manto y capucha de terciopelo de color púrpura, reluciendo una cadena de diamantes. Le acompañaba un séquito brillante de nobles ingleses tan lujosamente vestidos que deslumbraban tanto ellos como sus caballos por el mucho oro y las costosas joyas que ostentaban. Entre ellos destacaban Henry, Earl de Stafford. Su gorra era un modelo “del arte del orfebre, cuajada de piedras preciosas, diamantes y rubíes”. Iba montado en un corcel cubierto con paño de oro decorado de rosas y dragones rojos. Thomas Grey, el marques de Dorset, llevaba una capa de paño de oro con mangas de terciopelo carmesí bordada con letras de oro. La grupa de su montura lucía una pluma blanca. El paño de oro y terciopelo carmesí que vestía George Grey, Earl de Kent, estaba cubierto de perlas. También le impresionó a Makefyrr el caballo de Edward Nevill por estar cubierto con terciopelo negro cuajado de campanillas. Nevill lucía un ropaje de terciopelo verde y blanco y de paño de oro.

No podía ser mayor el contraste entre el bando inglés y sus invitados. “El Rey de Castilla iba montado en un caballo alazán que le había regalado el Rey [inglés]. Iba vestido todo de negro. Llevaba un traje de terciopelo negro, con capucha negra, sombrero negro y guarniciones de terciopelo negro”. Mientras que todo el séquito inglés deslumbraba, faltándole palabras para describir su vestuario a todo color y el sinfín de joyas y de oro, Makefyrr describió el traje de Felipe con una palabra: “triste”. No era menos triste o sobrio la impresión del resto de su séquito, con sus mantos de negro leonado, algunos, es cierto, bordados con terciopelo y otros con una seda fina. Además no iban más de una docena de nobles acompañándole.

Ahora bien, Makefyrr quedó boquiabierto al ver “la sala del rey de Castilla. En mi vida no he visto mejores tapices. Tenía siete habitaciones cubiertas de paños de Arras, bordados con tanto oro que no cabía más. ¿Cómo describir las tres camas? No puede haber rey bautizado que pueda tener tres camas así”. Por eso, pese a la decepción que había sufrido viendo a Felipe el Hermoso y su compañía, tenía ciertas expectativas de lo que podía quedar por ver, a sabiendas “que quedaron muchos más detrás que vienen con la Reyna de Castilla y llegaron el martes”.¹

* The London School of Economics and Political Science.

¹ GAIRDNER, J., ed., “William Makefyrr to Darcy and Alyngton: To the rhyt worschypful Master Roger Darsy and Master Gyls Alyngton, being at the Jeorge, in Lumberd Strett, be thys delyveryd in hast”, sábado, a los cinco horas, 17 enero de 1506, Windsor, *The Paston Letters, A.D. 1422-1509*, VI, 1078 (1904), pp. 172-174. La fecha no coincide con la de otras fuentes.

Como tantas veces ocurre, la reina propietaria de Castilla, Juana I, es una presencia invisible en esta narrativa. Según Makefyr, la reina había quedado detrás, con la muchedumbre. Otros testigos coetáneos reducen su papel aún más. Un cronista anónimo inglés mencionaba el viaje de ida y vuelta de la reina de Windsor a Exeter con una frase escueta: “dejo [que cuenten] el viaje de la Reina los que lo vieron y vuelvo al Rey...”² A pesar de que Enrique VII era muy consciente del rango superior de Juana I, las crónicas dan la impresión que Felipe, duque de Borgoña, Archiduque de Austria y rey de Castilla por su matrimonio con Juana, era el personaje más importante.

Enrique VII deseaba sobremedera organizar una visita con Juana y Felipe. Representaría otro paso más para establecer su legitimidad y autoridad. Pero no entraba en el plan de viaje de los recién nombrados reyes de Castilla una visita al reino vecino. Decidieron viajar directamente de los Países Bajos a España por mar. Como acertadamente comentó el primer biógrafo del rey inglés, Francis Bacon, “los vientos regalaron al rey Enrique la entrevista”. Un frío intenso azotó a toda Europa en enero de 1506. Desde el Támesis hasta el Tormes los ríos se helaron. Para colmo de males también luego vinieron los vientos. Recordaría mucho más tarde Bacon que una gran tempestad “derribó el águila dorada de la torre de [San] Pablo la cual cayó sobre el letrero del águila negro que se encontraba en el camposanto [...] La caída tan extraña de un halcón sobre una ave se interpretó vulgarmente como un pronóstico siniestro respecto a la casa imperial, y así resultó después [la desgracia de] Felipe...”³

El 10 de enero de 1506, “en el nombre del Espíritu Santo”, Juana y Felipe embarcaron en la gran carraca *Julienne* y comenzaron su viaje. Puede parecer algo insólito que se arriesgaran a hacer este viaje en tan mala temporada, pero sentían cierta urgencia por llegar a Castilla. La transición del poder después de la muerte de Isabel I en noviembre de 1504 no fue fácil. Necesitaban prestar y recibir juramento en las Cortes de Castilla y negociar con el rey viudo, Fernando, antes de establecer su propio gobierno. Pero habían tardado en completarse las negociaciones preliminares y otros retrasos, incluso la preñez de Juana y la falta de dinero, les impidió salir antes.

Iban acompañados de una cuarentena de navíos al mando de Floris d'Egmont, conde de Buren y Leerdam-Isselstein, y de casi dos mil soldados alemanes, o *Landsknechten*, bajo el mando del conde Wolfgang zu Fürstenberg. Poco después de zarpar, Felipe y Juana se encontraron, literalmente, en el ojo del huracán. La flota se dispersó por una gran tormenta. Primero la flota se encontró en medio de tinieblas impenetrables, luego se vió sacudida por vientos feroces que los arrastraban hacia el Golfo de Vizcaya y de allí hacia Inglaterra. Algunos de los barcos embarrancaron en las playas de Devon y Cornwall. La nave en la que viajaba Fürstenberg y el mayordomo (*Hofmeister*) Hildebrand Fuchs llegó a salvo al puerto de Falmouth en la provincia de Cornwall. Allí quedaron varios días sin poder desembarcar, temiendo que en cualquier momento una ráfaga feroz les aplastaría contra las costa. Sólo algunas naves, entre ellas, la *Julienne*, lograron aguantar la tormenta en alta mar. Durante dos días la carraca real resistió lo más recio de los vientos antes de decidir cambiar de rumbo para intentar llegar al puerto de Portland en la provincia de Dorset. Durante nueve días no se supo nada de ellos⁴.

Hay muchas versiones diferentes, e incluso contradictorias, de la odisea de la *Julienne* y puede ser que todas representen con cierta veracidad un momento u otro de los acontecimientos. De un

² TIGHE, R. R. and DAVIS, J. E., eds., *Annals of Windsor*, Longman, Brown, Green, Longman and Roberts, London, MDCCCLVIII, 1, pp. 442-443.

³ BACON, F., *The History of the Reign of King Henry the Seventh*, ed. Lockyer R., Folio Society, London, 1971, p. 222.

⁴ ROTH VON SCHRENKENSTEIN, K. H., ed., “Briefe des Grafen Wolfgang zu Fürstenberg zur Geschichte der Meerfahrt des Königs Philipp von Castilien (1506)”, *Zeitschrift der Gesellschaft für Beförderung der Geschichts-, Altertums- und Volkskunde von Freiburg, dem Breisgau und den Angrenzenden Landschaften*, 1, III, 29 de febrero de 1506, pp. 134-137.



De Wolfe-ton (Dorchester) a Windsor. El viaje de Felipe I y Juana I en enero y febrero de 1506.

cortesano a bordo de la *Julienne* tenemos el relato de uno de los incendios que sufrió la carraca. Cuenta que al oír los gritos de “Misericorde!” Felipe y Juana salieron corriendo de sus alojamientos.⁵ La *Julienne* sufrió otros dos incendios antes de estar a salvo⁶. El erudito humanista, Ludovico Marliani, escribiendo una carta al secretario del emperador Maximiliano, lloró de nuevo al recordarse de la escena que describía: “crede me lachrymis obortis hoc loro scribere”. Al parecer, Felipe y Juana estaban juntos en la popa, de cara a la muerte, abrazándose e intentando dar ánimos el uno al otro.⁷ Otro cronista anónimo de este segundo viaje a España que iba a bordo de otro barco, nos ofrece otra versión un tanto inverosímil de lo que ocurrió. Cuenta que en el momento más crítico del viaje Felipe estaba sentado en una silla llorando con Juana agazapada a sus pies. Aun así, pare ser que el rey consiguió dar todo un discurso para edificar a los que estaban a su alrededor⁸. Fuchs también cuenta que Juana deseaba morir “a los pies” de Felipe⁹.

⁵ GACHARD, L.P., ed., “Relation de la tempête qui assaillit la flotte de Philippe le Beau”, Sr. de Boussut, *Collection des Voyages des Souverains des Pays-Bas*, Commission Royale d’Histoire, Bruxelles (1876), I, pp. 501-503.

⁶ HÖFLER, C. von, ed., *Depeschen des Venetianischen Botschafters bei Erzherzog Philipp, Herzog von Burgund, König von Leon, Castilien, Granada, Dr Vincenzo Quirino, 1505-1506*, Archiv für österreichische Geschichte, Vienna 1884, Band 66-67, 88, 30 de enero de 1506, pp. 190-191.

⁷ MARLIANI, L., “Epistola elegantissima, qua Calamitosa Philippi Hispaniae Regis, in Hispanium navigata graphice describitur” a Jacobum de Bannissis, *Orationes Singulae* (1514).

⁸ GACHARD, L.P., ed., “Deuxième Voyage de Philippe le Beau en Espagne en 1506”, anon., *Collection des Voyages...*, I, pp. 408-421.

⁹ ROTH VON SCHRENKENSTEIN, K. H., ed., “Briefe des Grafen...”, III, p. 136.

Otras versiones, la mayor parte de ellas de fuentes españolas o diplomáticas como la del embajador veneciano, Vincenzo Querini, realzan la valentía y a la “virilidad” de la reina. Según Sandoval: “mostró allí la reina ánimo varonil, porque diciendole el rey que no escaparían, se vistió ricamente y se cargó de dineros para ser conocida y enterrada”.¹⁰ Al parecer, la reina había intentado dar ánimos a su séquito, pidiendo de comer y “dando a entender que no tenía temor y diciendo que nunca Rey murió ahogado”.¹¹ Rezó, como todos, naturalmente, ofreciendo medio ducado a Santiago y a la Virgen. Pero se negó a hacer mayor ofrenda, mientras que Felipe (en la versión de Furstenberg) ofreció más del doble de su peso en plata. “No puedo contarte las muchas ofrendas y promesas que se hicieron”, escribía Furstenberg a su mujer, “¡fueron tantas!”¹² Es posible que la modesta ofrenda de Juana fuese una forma de distanciarse de las promesas tan extravagantes y posiblemente insinceras de cuantos la rodeaban, especialmente su marido. Cuando a la postre la tormenta se moderó y se acercaron a la costa inglesa, cantaron todos juntos un *Te Deum laudamus*. Alguién comentó que un pajarito bajó al barco y se puso a cantar con ellos.¹³

Debemos tener en cuenta que, al contrario de Felipe y de la mayor parte de la corte, Juana era una marinera experimentada. En 1496 se embarcó en Laredo y navegó a Flandes con la flota más grande que hasta entonces habían reunido los reyes de Castilla en aguas atlánticas. Tardaron varios meses en completar esta cuidadosa y compleja operación, más necesaria que nunca por estar en plena guerra con Francia.¹⁴ También en esta ocasión el temporal desvió a la armada en que viajaba Juana hacia la isla de Portland, donde la Infanta se quedó durante dos días. Allí, como explica Lorenzo de Padilla, “vinieron muchas damas y caballeros de la tierra a le besar las manos”. Desafortunadamente no sabemos por ahora nada más de aquella primera estancia de Juana en Inglaterra.¹⁵ En 1503 Juana se hizo a la vela de nuevo en Laredo para regresar a Flandes sin tener que sufrir un percance parecido.

La segunda y también inesperada visita de Juana a Inglaterra comenzó de nuevo en este punto de la costa inglesa conocido como la isla de Portland, en pleno Canal de la Mancha. La *Julienne* abordó en Melcombe –un pueblo al abrigo de Portland y cerca de Weymouth– entre el 16 y 17 de enero de 1506, con otros dos barcos más. “Llegamos a un puerto bien malo”, fue como lo describió Felipe a Fernando unos días después, cuando ya estaba instalado en la ciudad de Dorchester.¹⁶ Los habitantes de Melcombe y de Weymouth vivían bajo la amenaza permanente de ataques franceses, y quedaron atónitos y aterrorizados ante la carraca más grande que se había visto por aquellas costas y estaba ennegrecida a causa de los incendios que había sufrido. La confundieron con la vanguardia de una fuerza armada de sus enemigos franceses. “Cuando se difundió el rumor que había una armada poderosa en la costa, el país cogió las armas”, escribió Bacon. “Sir Thomas Trenchard llegó a Weymouth con una compañía de armas organizada a toda prisa, sin tener otras noticias de lo que había ocurrido”.¹⁷ Trenchard era un *Justice of the Peace*, oficial de la corona con un papel importante en las localidades, y de hecho el oficial principal que tenía la vecindad. Era también cabeza de una de las familias más potentes de la región. Se dió cuenta inmediatamente de la importancia de los “forasteros”. Les invitó a su casa y envió un aviso urgente a la corte.¹⁸

¹⁰ SANDOVAL, P. de, *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, Biblioteca de Autores Españoles, 80, p. 28.

¹¹ RODRÍGUEZ VILLA, A., *La Reina Doña Juana La Loca*, Librería de M. Murillo, Madrid, 1892, p. 127.

¹² ROTH VON SCHRENKENSTEIN, J. H., ed., “Briefe des Grafen...”, IV, p. 137-142.

¹³ GACHARD, L.P., ed., “Relation de la tempête...”

¹⁴ LADERO QUESADA, M. A., *La Armada de Flandes*, Real Academia de la Historia (RAH), Madrid, 2003.

¹⁵ PADILLA, L. de, *Crónica de Felipe I llamado el Hermoso* (CODAIN), VIII, Madrid, 1846, p. 38.

¹⁶ PADILLA, L. de, *Crónica de Felipe I...* pp. 370-371.

¹⁷ BACON, F., *The History of the Reign of King Henry the Seventh*, p. 219.

¹⁸ BODDY, M. and WEST, J., *Weymouth: An Illustrated History*, Dovecote Press, Wimborne, 1983, p. 21.



Casa señorial de Wolfeton. Charminster, Inglaterra.

A pesar de la “humildad y humanidad” de Trenchard (son las palabras de Bacon) la procesión que se dirigió por las colinas de Purbeck a Wolfeton debió suscitar una enorme curiosidad y bastante inquietud. Wolfeton –conocido también como Wolveton –era una casa señorial situada en las vegas cerca de Charminster, donde el riachuelo Cerne desemboca en el río Frome. Aquí los ilustres pasajeros de la *Julienne* fueron agasajados por Trenchard y su mujer, Elizabeth Strangways, dentro de los límites de su entorno provincial. La casa existe todavía, muy ampliada posteriormente, como se puede esperar de la rivalidad que existía entre las grandes familias de Dorset del siglo XVI, los Trenchard, los Turberville, los Horsey y los Marrtyn.¹⁹ Quedan ciertos rasgos del edificio en el que se hospedaron Juana y Felipe, entre ellos las torres redondas de la entrada, gran parte de la fachada meridional, y unos paneles de madera con imágenes llamativas de monos vestidos de hombre, o más bien, de hombres-monos, que formaba parte de la decoración original del gran salón principal y del comedor.

El problema más urgente que tenía que abordar la familia Trenchard y sus convidados en este momento era el idioma. Los Trenchard no manejaban ni el francés ni el latín, o no lo manejaban tan bien como para hablar con Juana y Felipe o con su séquito. Al parecer, ninguno de éstos manejaba el inglés. Para solucionar estas dificultades Thomas Trenchard llamó a un primo suyo, John Russell de Berwick, un joven procedente de una familia de mercaderes. Russell, recién llegado a Bridport con un cargamento de vinos, hablaba bien el francés y el castellano.²⁰ Se puso

¹⁹ ‘Wolveton, Dorset’ (folleto, 1976).

²⁰ RANDALL, P., “The Rise of the House of Russell”, *Dorset Life*, 316, julio de 2005, pp. 18-20.

inmediatamente en marcha a Wolfeton donde actuó de intérprete. Poco después llegó un noble inglés, Sir John Carew, con “muchas gente y bien armada”. Al darse cuenta de la situación, se disculpó por haber aparecido con un aspecto tan militar. No tardó Enrique VII en intervenir y sustituir tal recelo con ostentación, dando muestras de su liberalidad. Envío a su caballerizo mayor, Sir Thomas Fitzallan, conde de Arundel, a acompañar a los regios huéspedes. Llegó Arundel de noche con “trescientos caballos todos ellos con antorchas que dejaron muy admirados a los forasteros”²¹.

Desamparados y desprovistos como estaban, Felipe y Juana corrían gran riesgo en una reunión con Enrique VII pero cuando el rey les convidó, no tenían otra opción. A sabiendas de que el rey inglés quería y podía aprovecharse de la ofrenda que le habían hecho los vientos, los mercaderes de Lombard Street con los cuales se comunicó Makefyr en enero de 1506 le animaban a negociar nuestros tratados comerciales y no sólo de sacar beneficios políticos de tal situación. Después de conseguir el rey Tudor la corona inglesa, derrotando a la “casa de la rosa blanca”, es decir la casa de York, las relaciones entre Inglaterra y los Países Bajos se enfriaron notablemente en parte por ser la duquesa viuda de Borgoña, Margaret de York, la hermana de los últimos monarcas de esta estirpe. A raíz de varias agresiones e incidentes, Enrique impuso sanciones comerciales en 1493, prohibiendo a mercaderes ingleses de comerciar con Flandes sin obtener previamente una licencia especial. Estas medidas no respondían a una lógica comercial, pero en esta época la economía quedó a la sombra de cualquier nubarrón político. Margaret era todavía muy poderosa en los Países Bajos. Por su dote, era propietaria de varias ciudades prósperas con intereses mercantiles importantes y ella misma participaba en el negocio de la lana. Ante nada le impulsaba un fuerte deseo de venganza. Enrique VII había derrotado y matado a su hermano, Richard III, en la batalla de Bosworth en 1485, y se sospechaba que hubiese ejecutado en secreto a uno o más de sus sobrinos, hijos de Eduardo IV. Por eso participó en varias conjuras cuyo objetivo era destituir a Enrique Tudor y poner en el trono a un personaje misterioso conocido como “Richard of York”, que se pasaba por el hijo menor de Eduardo IV. No está claro si ella estaba realmente convencida de que este joven era su sobrino –la Rosa Blanca– o si le apoyó a sabiendas que era un pretendiente falso para vengarse del regicidio. Las intrigas contra Enrique VII culminaron en 1497 con una sublevación importante en Cornwall, esta provincia lejana y “bárbara” donde se refugiaron muchos de los barcos de la flota en 1506, entre ellos el de Querini y el de los músicos de la capilla de Felipe.

Felipe y Maximiliano habían honrado y festejado a más de un pretendiente a la corona inglesa, por lo cual Enrique VII buscó el apoyo de los Reyes Católicos para conseguir la expulsión de Margaret (o como él solía llamarla despectivamente, la Duquesa Juno) de los Países Bajos. Isabel le respondió que no tenía ningún afecto a “la vieja duquesa”, pero se negó a apoyar esta iniciativa, comentando escuetamente: “es una muger”. Los Reyes Católicos se limitaron a aconsejarle que tuviera paciencia y esperara a que se realizase el matrimonio de Juana con Felipe. Opinaban que al llegar Juana a los Países Bajos podrían reducir el papel preponderante de Margaret en la política de Flandes, y que se prestaría a efectuar una reconciliación entre Inglaterra y Flandes²². Esto les interesaba a ellos también porque facilitaría el matrimonio entre Catalina y Arthur, Príncipe de Gales y heredero de Enrique VII. Para que este matrimonio tuviese efecto, era imprescindible que Enrique asentase su dinastía y eliminase sus rivales de la Casa de York. La

²¹ TIGHE, R. R. and DAVIS, J. E., ed., *Annals of Windsor*, p. 434.

²² BERGENROTH, G. A., ed., *Calendar of Letters, Despatches and State Papers relating to the Negotiations between England and Spain (CSP. Sp)*, I (Henry VIII), 113, 23 de diciembre de 1495, pp. 72-79.

correspondencia entre Enrique VII con el embajador hispano en Inglaterra, el doctor Rodrigo González de Puebla y los Reyes Católicos demuestra que se concibió la llegada de Juana como el comienzo de una nueva época en las relaciones internacionales septentrionales.

Recién llegada a Flandes, Juana envió un mensaje al rey inglés declarando su amor filial. Bien instruida por sus padres, la archiduquesa se prestó para facilitar un acercamiento entre Flandes e Inglaterra. Ahora bien, siguiendo la línea política de su madre, se negó a apoyar las medidas punitivas que intentó imponer el rey inglés contra Margaret cuando se firmó el tratado comercial de 1496. Enrique quiso atacar sus posesiones y riqueza, no como duquesa de Borgoña, sino como propietaria de terrenos y ciudades flamencas y como mercader. Según Puebla, Margaret escribió una carta pidiéndole perdón a Enrique y el rey convocó un consejo especial para debatirlo, y el consejo se clausuró con este dictamen: “ya que la Archiduquesa y su consejo han rechazado tajantemente las medidas que aconsejaban los embajadores del Rey contra Madame Margaret, hemos determinado de enviarle una respuesta cortés”²³. Es decir, Enrique VII se sintió obligado a abandonar sus planes de castigar a la “duquesa Juno”. A partir de entonces fueron disminuyendo las intrigas de Margaret aunque Enrique VII jamás se sintió libre de su enemistad ni lo estuvo de muchas otras conjuras.

Puede ser que la contribución de Juana a las relaciones anglo-neerlandesas no fuese tan importante como sugieren las cartas de Puebla. Sin embargo, su intervención en estos negocios no se puede negar y en ellos se mostró muy sensata. Los informes sobre las discusiones –a veces muy largas– que sostuvo en aquella época con el embajador español Gutierre Gómez de Fuensalida y con su capellán mayor y consejero principal, Diego Ramírez de Villaescusa, indican que, le gustase o no la diplomacia y los negocios de estado, tomó en serio sus responsabilidades al respecto y fue capaz de actuar de modo perspicaz y prudente. Además, era muy consciente de su papel como representante de los Trastámara como podemos ver cuando en junio de 1500 se organizó una reunión en Calais entre Felipe y Enrique. Mientras que el rey fue acompañado de su mujer, Elizabeth de York, la hermana de Margaret, Juana no participó en ella, pero sí envió a Villaescusa con cartas para Enrique, asegurándose así de que se oyese una opinión española²⁴.

Después de la muerte de Isabel en noviembre de 1504, Enrique VII quiso saber como manejaría Fernando la crisis sucesoria después de haber proclamado formalmente a Juana como reina propietaria de Castilla. Envío a tres embajadores con instrucciones que contenían veintidós preguntas específicas para Fernando y el secretario real Miguel Pérez de Almazán, y para los grandes, prelados y “comunes”²⁵. Los embajadores le informaron que los procuradores de la Cortes de Toro habían confirmado al rey de Aragón como gobernador de Castilla pero que existía gran resentimiento por la política fiscal del rey. También le advirtieron que la nobleza estaba profundamente dividida y que el pueblo sentía por Juana una simpatía y afecto profundo, por ser hija y heredera natural de Isabel. Opinaban que una vez que llegaran Felipe y Juana a Castilla –la presencia de la reina, insistieron, era fundamental– se vería que los nuevos reyes tenían los “corazones” de los castellanos²⁶. A pesar de la confianza que mostraban Fernando y Almazán ante los embajadores ingleses, Enrique se dió cuenta que cambiaba la marea y decidió prestarle sumas enormes a Felipe para financiar su viaje a España²⁷.

²³ CSP. Sp. (Henry VII), 227, 25 de septiembre de 1498, pp. 197-199.

²⁴ CSP. Sp (Henry VII), 268, 16 de junio de 1500, pp. 222-228.

²⁵ GAIRDNER, J., ed., “Instructions and Report of Francis Marsin and others with respect to Ferdinand King of Aragon in 1505”, *Memorials of King Henry the Seventh*, Rolls Series (1858), p. 278.

²⁶ GAIRDNER, J. ed., “Instructions...” p. 257.

²⁷ STARKEY, D., *Six Wives: The Queens of Henry VIII*, Chatto & Windus, London, 2003, pp. 89-91.

Es decir, el rey inglés estaba muy al tanto de la situación y metido por medio. Cuando la armada de Felipe fondeó en Inglaterra no perdió ni un momento en aprovechar la ocasión. Le exigió a Felipe que le entregasen a los rebeldes que se habían refugiado en sus estados, incluso el duque de Suffolk, otra “Rosa Blanca” que cayó en poder de Felipe cuando se le rindió Gueldres. Por entonces, Enrique VII estaba viudo y decidió comenzar negociaciones para otro matrimonio, con la joven Margarita, la hermana de Felipe, a la vez que ofrecía a su hija Mary (más tarde reina de Francia) para contraer matrimonio con el príncipe Carlos. Les propuso nuevos tratados de amistad y de comercio que beneficiaban principalmente a los ingleses²⁸. Felipe no tuvo otra opción más que reunirse con el rey y en su momento, de acceder a sus peticiones.

Quedan aún ciertos rasgos de la presencia de Juana y Felipe en las pequeñas localidades que visitaron. Por ejemplo, se puede ver aún en la iglesia de St. Mary de Charminster las granadas con la que se decoró las paredes²⁹. Juana y Felipe salieron hacia Dorchester el 21 de enero y allí Felipe le compró a su mujer una silla de montar de terciopelo negro de estilo inglés. Caminaron poco a



Granadas pintadas. Iglesia de Saint Mary de Charminster. Dorset, Inglaterra.

poco hacia el noreste, por Blandford, Salisbury y Southampton hasta llegar a la ciudad antigua de Winchester el 28 de enero³⁰. Allí se alojaron en la casa de Richard Fox, Obispo de Winchester, uno de los consejeros más importantes del rey Tudor y el que fue arquitecto del matrimonio entre Catalina y Arthur³¹.

Hasta aquí llegaron acompañados por su intérprete, Russell. La vida de este joven cambiaría para siempre debido a esta inesperada visita. Merece un artículo aparte, pero podemos indicar aquí que a raíz de su actuación en Wolfeton y Winchester Russell se incorporó en la corte de Enrique VII. Su experiencia y sus idiomas le sirvieron para ganar una plaza en el séquito de la princesa Mary cuando ésta se casó con el rey Luis XII de Francia. Más tarde participó en las famosas fiestas del Campo de Paño de Oro entre Enrique VIII y Francisco I. Perdió un ojo en la batalla de Morlaix, lo que no le impidió participar en la batalla de Pavía, donde Carlos V

derrotó a su enemigo francés. Llegó a adquirir uno de los títulos nobiliarios más importantes de Inglaterra, siendo nombrado *Earl of Bedford*. Sin embargo, su primo Trenchard no llegó a tal grado. Es cierto que se hizo famoso en la localidad y que le dio cierto prestigio el haber albergado a monarcas. Su monograma sigue decorando los arcos de la torre de la iglesia de Charminster, pero parece ser que su vida siguió como antes.

La pareja regia se dividió posteriormente. Felipe pasó adelante con Russell, llegando a Windsor el 31 de enero. Juana se quedó atrás, posiblemente por enfermedad –“travailleé de la mer” es

²⁸ CHRIMES, S. B., *Henry VII*, Yale, 1999, pp. 272-297.

²⁹ CULLINGFORD, C., *A History of Dorset*, Phillimore, Chichester, 1999, p. 59; *Guide to the Parish Church of St Mary the Virgin*, Charminster (1996).

³⁰ Archives du Département du Nord (ADN), Série B (Chambre des Comptes de Lille), 3463 (Hôtel de Jeanne).

³¹ ADN, B. 2193. 74070.

como lo describe el cronista anónimo del segundo viaje³²-. También es posible que su ausencia se debía a la impresión que podía causar en la corte inglesa la falta conspicua de mujeres nobles en su séquito, una cuestión compleja que he abordado en otro lugar³³. Pero también es factible que esta ausencia se debía al temor de Felipe y de sus consejeros que Juana estableciese contactos independientes con Enrique y Catalina. El apoyo adamantino que dió a su padre como gobernador de Castilla les hacía sospechar que podía intentar de establecer acuerdos con Enrique y Catalina para favorecer a Fernando. El temor de la influencia que podía ejercer Juana una vez en Castilla explica el porqué Felipe envió al señor de Lachaulx a la corte del rey aragonés para “tratar con el rey de Spagna che questa rezina habia a vivir honoratamente como molgier del re senza altro cargo et che suo padre et suo marito siano quelli soli che governano el regno de Castiglia”. Por lo menos, así interpretó esta embajada Vincenzo Querini, quien nos informa también que tanto flamencos como borgoñones temían a Juana porque sabían que ella “les odiaba”. Estaban convencidos que si la reina lograba imponer su autoridad en España lograría limitar la “gracia” del rey Felipe y no gozarían de las pensiones ni alcanzarían el poder que les había prometido Felipe³⁴. Más tarde Fernando declaró que Felipe se había puesto en contacto con él desde Inglaterra y había intentado convencerle que debían enviar a Juana de nuevo a los Países Bajos, dejando que Felipe continuase el viaje a España solo³⁵.

Una de las pocas fuentes que tenemos sobre las actividades de Juana en Inglaterra menciona que la Reina hizo su entrada en Windsor el martes 10 de febrero. Es probable que fuese a instancia de Enrique VII y puede ser que su intención fuera facilitar el proceso de paz, ya que quería obtener la firma de Juana en lo que parece ser una versión más breve y menos dura del tratado de amistad que ya había firmado Felipe y que rubricó la Reina el 12 de febrero³⁶. Juana llegó con un séquito de borgoñones, flamencos, españoles y ingleses, entre ellos el conde de Arundel y William Blount, Lord Mountjoy, quien más tarde se casó con una dama de Catalina. Entró por “el parque pequeño, casi a escondidas, por la parte de atrás del Castillo hacia la torre nueva del Rey. Al pie de la escalera el rey Enrique se acercó a besarla y abrazarla a pesar de que el rey de Castilla le había pedido muchas veces que quedase en sus habitaciones y que no cuidara en hacerle tanto honor”. También allí, al lado de la escalera, le esperaban Catalina y Mary con un gran séquito. La acogieron afectuosamente y pasaron todos juntos a las habitaciones del Rey³⁷.

Juana impresionó mucho a Enrique VII. En el curso de esta visita semi-oficial y muy fastuosa, el rey percibió las gravísimas tensiones latentes entre Juana y Felipe y con el séquito de éste. Años más tarde, Enrique se lo comentó el embajador Gómez de Fuensalida: “quando yo la vy, muy bien me pareció, y con buena manera y contenençia hablava, y no perdiendo punto de su autoridad; y aunque su marydo y los que venian con el la hazyan loca, yo no la vy sino cuerda...”³⁸

Al día siguiente de llegar Juana, Catalina y Mary salieron hacia el palacio de Richmond. Muy probablemente contaban con verla otra vez, pero no fue así. La brevedad del encuentro entre las dos hermanas, que debió ser conmovedor, es un misterio. Se atribuyó posteriormente a la condición mental de Juana, que “rechaza todos los halagos, [y] gusta de la oscuridad”, como insistió Pietro

³² GACHARD, L.P., ed., “Deuxième voyage...” pp. 423-424.

³³ FLEMING, G. B., “Juana I of Castile and Aragon and the Struggle for Power in an Age of Transition” [tesis doctoral].

³⁴ HÖFLER, C. von, ed., *Despeschen...* 93, 4 de abril de 1506, pp. 198-200.

³⁵ ZURITA, J., *Historia del rey...* VII, II, pp. 13-16.

³⁶ The National Archive Public Record Office (TNA), PRO E.30, 1082, 12 de febrero de 1506.

³⁷ TIGHE, R. R. and DAVIS, J.E., eds., *Annals of Windsor*, p. 442.

³⁸ DUQUE DE BERWICK Y DE ALBA, ed., *Correspondencia de Gutierre Gómez de Fuensalida. Embajador en Alemania, Flandes e Inglaterra (1496-1509)*, Madrid, 1907, 17 de junio de 1508, pp. 453-455.

Martire de Anghiera³⁹. El cronista inglés de la visita, probablemente el Rey de Armas, afirma que Juana se quedó otras tres noches en Windsor, o sea hasta el sábado, cuando Felipe se fue a Richmond y Juana salió en sentido contrario, hacia el Oeste. De ser así, es imposible ofrecer una explicación de lo que ocurrió para impedir otra reunión entre las dos hermanas, ni se comprende la salida de Catalina. El historiador inglés, David Starkey, culpa a Felipe, alegando que su temor de la influencia de Juana y su hostilidad hacia Catalina le impulsaron a separarlas. En una de las fiestas, Felipe rechazó más de una vez la invitación de Catalina a bailar, prefiriendo seguir hablando con Enrique⁴⁰. Esta interpretación es factible, ya que Felipe se comportó de forma parecida en Burgos, en septiembre de 1506, cuando ordenó que se expulsara a Juana de Aragón de la Casa del Cordón. Y no solo de Juana, hermanastra de la Reina, sino de su marido, el Condestable de Castilla, porque sospechaba que estaban conspirando con la Reina⁴¹. Por su parte Bethany Aram opina que Juana pudo marcharse por su cuenta, movida por el deseo de ir al encuentro de los barcos vascos enviados por Fernando a Falmouth⁴². Esta explicación no parece muy lógica, ya que Juana quedó bastante tiempo en Exeter, con Arundel, esperando a Felipe⁴³.

Lo que sí podemos confirmar es que Juana y Felipe tuvieron un enfrentamiento muy grave en Windsor que casi provocó un incidente diplomático. Una carta de Catalina a su hermana alude a estos acontecimientos pero con palabras muy difíciles de interpretar: "Le fago saber el muy gran plazer que recevy quando la vy en este Reyno y dentro de pocas oras la turbacyon que a mi alma llegó con la supyta y presurosa partyda que daqui fyzo, y el Rey de Ynglaterra [...] se tuvo por muy afrentado de la dicha partyda y si uvvera de fazer lo que supytamente deseava en todas maneras la estorvara, pero como es Rey muy rabioso juzgose a los de su Consejo que le dixerón que no se debía entremeter entre marido y muger a cuya causa y por otros mysterios que yo bien supe dysymulo la partyda de V[uestra] Alteza aunque cyerto le peso de corazon, y dende entonces fasta oy e conocydo gran afycion que a V[uestra] Alteza ha tenydo y tyene"⁴⁴. Sin tener su respuesta (sí la hubo) no podemos indagar lo que opinaba Juana. El único indicio que tenemos del afecto que Juana sentía por Catalina, a parte unas palabras de Isabel, es la atribución por Bernáldez del nombre de su hermana menor a la niña que nació en Torquemada el 14 de enero de 1507 y que, por las fechas, probablemente fuera concebida en Inglaterra.

Provista ahora con las "andas ricas y sillas" de la reina Elizabeth de York, muerta de sobrepeso en 1503, Juana se marchó de Windsor. Pasó la primera noche en la abadía de Reading, donde el abad "le recibió con honor"⁴⁵. A la postre Felipe le siguió pero cayó enfermo en la abadía de una fiebre persistente que ya le había atormentado en Francia en 1503 y de la que quizás murió pocos meses después. Querini comentó que Felipe estuvo gravemente enfermo en esta ocasión también, pero no quiso que informaran a Juana⁴⁶. Después de reunirse con ella en Exeter, las dos comitivas se pusieron en marcha para Falmouth, donde llegaron el 26 de marzo. Se les recibió con mucho regocijo y en lo poco que quedaba de su estancia, todos loaron la liberalidad y amistad que les había manifestado Enrique VII⁴⁷.

³⁹ MARTIRE DE ANGHIERA, P., *Epistolaria*, ed. López de Toro, J. (CODOIN), 9, 300, 4 de abril de 1506.

⁴⁰ STARKEY, D., *Six Wives...* p. 93; Gairdner, ed., *Memorials of the Reign of Henry VII*, London, 1858, pp. 282-303.

⁴¹ ZURITA, J., *Historia del rey...* 4, VII, XXI, p. 74.

⁴² ARAM, B., *La reina Juana...*, p. 151.

⁴³ HÖFLER, C. von, ed., *Depeschen...* 90, 17 de marzo de 1506, pp. 193-194.

⁴⁴ AGS, PT. 54. 33, 25 October [1507]; CSP, Sp., Supplement to Vols. 1 and 2 (Queen Juana), 23.

⁴⁵ TIGHE, R.R. and DAVIS, J.E., eds., *Annals of Windsor*, p. 442.

⁴⁶ HÖFLER, C. von, ed., *Depeschen...* 90, 17 de marzo de 1506, pp. 193-194.

⁴⁷ HÖFLER, C. von, ed., *Depeschen...* 91, 27 de marzo de 1506, pp. 195-197.

Durante este viaje Juana debió pensar más de una vez en lo que podía pasar en Castilla y cómo les recibiría Fernando. En los primeros meses de su reinado se negó tajantemente a hacer cualquier cosa que consideraba contraria a lo que ella concebía como la "voluntad" de su madre y de los intereses de su padre, incluso negándose a firmar documentos. A consecuencia de esto, su marido y los partidarios de éste la someterían a medidas deshonorosas, incluso manteniéndola incomunicada por largas temporadas. Ni con esto consiguieron socabar la lealtad que sentía hacia su padre. Pero en estos días antes de volver a verlo, Juana estaba incierta y temerosa de su padre. Le habían contado que Fernando pensaba que estaba loca y que no la quería en Castilla. Se vislumbra su temor y sus incertidumbres en la audiencia breve que concedió al embajador de Fernando, Pedro de Ayala, el 3 de abril en Falmouth. Juan Manuel acompañó a Ayala hasta la puerta de la habitación de la reina y allí "le avisó que si quería complacer al rey no se quedaría mucho tiempo y así haría un buen servicio". Claramente advertido de lo que tenía que hacer para complacer a Felipe, Ayala pasó adelante. "Cuando entró en la sala -escribió Querini, después de hablar con el embajador- la reina le recibió cordialmente y no le permitió besar su mano, insistiendo que tomase asiento. Con gran ternura le hizo muchas preguntas para saber cómo estaba su padre, pues había estado seis meses sin recibir noticias de él. Le preguntó si era verdad que quería hacerle tanto mal como le habían dicho. La reina le preguntó si era verdad que después de ser informado sobre la tormenta había declarado que ella y su marido habían regresado a Flandes y no tenían intención de pasar adelante. Y por último [le preguntó] si su viaje a España le desplacía tanto". Ayala intentó convencerla que Fernando la amaba pero la dejó "lo mas presto posible".

Pese a su incertidumbre y el deseo de Felipe de hacerla regresar a los Países Bajos, Juana logró embarcarse de nuevo para España pero no pudo evitar más rencillas con su marido. Querini se enteró, "por fuertes fidedignas" que hubo más enfrentamientos respecto al destino de la flota. Fernando creía que iban a desembarcar en Laredo y había enviado gente para recibirlos. A sabiendas de esto Felipe decidió seguir los consejos de sus ministros y se dirigió a La Coruña. Juana se enfrentó con ellos. Quería ir directamente a Vizcaya, pues así se podían reunir antes con Fernando. Esto era precisamente lo que intentaba evitar Felipe. Riñeron pero la reina no consiguió que le hicieran caso. Frustrada ya, se puso furiosa cuando se enteró que Felipe estaba pensando en continuar más al sur, desembarcando en Andalucía. Cualquier cosa para dilatar la inevitable reunión con Fernando. Estos debates persuadieron cada vez más a la reina que era imprescindible separar a Felipe de sus consejeros, a quien Querini habitualmente llamaba "li maligni" (los malvados). Querini opinaba que el fin de Juana era buscar "harmonía" mientras que estos ministros sólo sembraban discordia. Al desembarcar en España Juana se vengó de todos ellos. Se negó a participar en ceremonias que permitieran a Felipe y su séquito "gozar de la adoración del pueblo". Querini comentó que el disgusto del rey dio placer a la reina; de hecho, cuanto más disgustado se vio él, más alegre estaba ella y por esta razón: le permitía demostrar que sus consejeros le habían mal aconsejado y que debían haberle hecho caso a ella y desembarcar en Vizcaya. Ahora bien, estos comportamientos que el embajador Veneciano interpretaba como señas de la frustración de la reina; de una reina que quería ser obedecida y que añoraba la armonía, tenían un aspecto funesto para otros. Furstenberg no dudó en declarar al emperador Maximiliano que "el peor enemigo de mi señor [el rey] de Castilla, aparte del Rey de Aragón, es la reina. Es más mala de lo que puedo decir a Vuestra Majestad Imperial"⁴⁸.

Las repercusiones de esta visita inadvertida para Inglaterra fueron sustanciales y conllevaron grandes beneficios. Por décadas se enriquecieron debido a el nuevo tratado comercial que resultó

⁴⁸ ROTH VON SCHRENKENSTEIN, K. H., "Briefe des Grafen...", VII, 12 de mayo de 1506, p. 146.

tan ventajoso para Inglaterra como deshonoroso y ruín para los Países Bajos. También podemos decir que las negociaciones iniciadas por Enrique VII para contractar matrimonio con Juana después de la muerte inesperada de Felipe en septiembre de 1506 algo debían a la buena impresión que formó de la joven soberana. No es lugar de volver a abrir este episodio, pero es lícito puntualizar que varios historiadores, tanto coetáneos como modernos, quedaron impresionados por la persistencia del rey inglés por casarse con Juana. Garrett Mattingly opinó que los motivos que impulsaron a Enrique a buscar este matrimonio estaban “entremezclados de forma muy curiosa, sin faltar elementos sacados de los romances franceses. La obstinación con la que presionó el resto de su vida por realizar sus planes para Juana, la forma en que se negó a aceptar una decisión final, los muchos agentes que envió a Castilla y las conspiraciones que urdió –todo esto demuestra que la liberación de la Princesa [sic] española se había convertido para él en una especie de obsesión–”⁴⁹. El biógrafo del rey, S. B. Chrimes, comparte este punto de vista, que, como aludimos antes, no paso desapercibido en su tiempo⁵⁰. Zurita se fijó también del carácter obsesivo de la búsqueda de esta alianza matrimonial y comentó que “estaba tan puesto en él [el matrimonio con Juana] que era cosa de gran admiración ver cuán fuera estaba de sí en esto, y todo lo otro dejaba aparte porque esto se concluyese”⁵¹.

La Infanta Catalina, princesa viuda de Gales, apoyó el matrimonio. Pese a la desigualdad de las edades, animó a su hermana a aceptarlo, escribiéndole: “No dudo... [que] sera V[uestra] Alteza la mas alta y mas poderosa Reyna del mundo”⁵². En aquella época Catalina llevaba una vida terrible. Estaba desesperada por su pobreza y la incertidumbre sobre su futuro, y es probable que no tuviese otra opción más que apoyar las negociaciones. En una carta que escribió a Fernando el 4 de octubre de 1507 confesó que temía las consecuencias de un rechazo definitivo por parte de Juana o de Fernando ya que “agora con este cebo [...] estan enmendadas sus muestras...”⁵³ Lo que sugiere que a raíz de ello la trataban mejor y mostraban más amistad hacia los reinos hispanos. Quizás también esperaba que este matrimonio resolvería finalmente el problema de su dote ya que Fernando vinculó la cuestión directamente con la salud de Juana. Respondiendo a las presiones de Catalina, le informó que nada podía hacer, pues Juana era la responsable y se negaba a emitir las órdenes requisitas. Hasta que lo hiciese no podían arreglar la cuestión. Es posible, pues, que Catalina estuviera convencida ya en esta época de que su hermana se había convertido en un obstáculo a la administración eficaz del gobierno de Castilla y que ella era una de las víctimas de esta situación. De ser así es más comprensible el hecho que en abril de 1507, cuando según Lope de Conchillos (secretario de Fernando), Juana seguía trabajando –aunque de forma intermitente– en “las cosas del Rey”⁵⁴, Catalina aprobó sin reservas la decisión de Fernando de alzarse con el gobierno, apoderándose de los reinos de su hermana⁵⁵.

Enrique VII tomó mal el rechazo de su proyecto matrimonial. Para vengarse, animó a Maximiliano que actuase contra Fernando, a quien nombró desde entonces “el usurpador de Castilla”⁵⁶. Sin duda se hubiera conmovido con la carta que le escribió John Stile, el embajador inglés, desde la corte fernandina. Confirmó que Juana, muy lejos de retirarse voluntariamente en Tordesillas,

⁴⁹ MATTINGLY, G., *Catalina de Aragón*, Madrid, 1998, p. 124.

⁵⁰ CHRIMES, S. B., *Henry VII*, p. 320.

⁵¹ ZURITA, J., *Historia del rey...* 4, VII, XXVII, p. 122.

⁵² AGS, PT. 54. 33, 25 de octubre [1507].

⁵³ CSP, Sp. (Queen Juana), Catalina a Fernando, 22, 4 de octubre, 1507.

⁵⁴ RAH, Salazar y Castro, A-12. 127-129.

⁵⁵ CSP, Sp.1 (Henry VII), 513, 15 de abril de 1507.

⁵⁶ BACON, F., *The History of the Reign of King Henry the Seventh*, p. 232.

era una prisionera, rodeada de aragoneses y sometida a condiciones muy severas⁵⁷. Hoy la llamaríamos una presa política. El rey inglés, moribundo ya, no llegó a leerla.

No deja de ser asombroso que la visita tan breve de Juana I a Inglaterra dejara un inolvidable recuerdo. Es cierto que se le conoce allí como Juana “La Loca” pero no quiere decir esto que se trate de manifestación más de la “Leyenda Negra”. En 1555 se organizaron unas exequias espectaculares por parte de su sobrina, la reina Mary I, hija de Catalina y mujer de Felipe II, rindiéndole los máximos honores. Pero el recuerdo de Juana fue mucho más allá de la familia inmediata y sigue hasta nuestros días. No me refiero tan solo a los rastros que se pueden ver en edificios antiguos como la ya mencionada decoración de granadas rosas en una pequeña iglesia de Dorset. Se trata de algo mucho más conocido: la letra de una canción infantil famosa:

I had a little nut tree,
Nothing would it bear
But a silver nutmeg
And a golden pear.

The King of Spain's daughter
Came to visit me,
And all for the sake
Of my little nut tree

I skipped over water,
I danced over sea,
And all the birds in the air
Couldn't catch me⁵⁸

La primera referencia que tenemos a esta canción es de finales del siglo dieciocho por lo cual podía referirse a otras “princesas de España”. No obstante, James Orchard Halliwell, especialista en las obras de Shakespeare, insiste que es mucho más antigua y que se refiere específicamente a la visita de Juana I a Inglaterra en 1506⁵⁹. Al pasar el tiempo, la imagen de Juana I se vio afectada tanto por la Leyenda Negra como por la imagen negativa de su sobrina, la primera reina soberana inglesa, Mary I, conocida como “Bloody Mary”. En una famosa novela sobre la infancia de la reina Elizabeth I, la hermanastra de Mary, la escritora y poetisa Edith Sitwell incluye una escena dramática en la cual la reina Juana y su canción juegan un papel importante. “Una vez, hace muchos años, Lady Bryane le estaba cantando esta canción a otra niña, a la princesa Mary. Acababa de cantar las palabras “vino a visitarme” cuando su voz se extinguió. Había visto detrás de la princesa una sombra negra. Era como si aquel ser inocente de cuatro años la hubiese conjurado por que compartía con ella algun misterio. Era la sombra terrible de Juana de Castilla, la hija del Rey de España que celebra esta canción; la hermana de la madre de esta niña”⁶⁰.

Como es el caso en la mayoría de canciones infantiles, la letra es enigmática. ¿Qué significado tiene aquel árbol pequeño con sus joyas? Puede referirse a reliquias y el árbol puede que sea un símbolo de ese fragmento de árbol que es la cruz en la que murió Cristo. Durante esta visita a

⁵⁷ POLLARD, A. F., ed., “John Stile to Henry VII”, 26 de abril de 1509, *The Reign of Henry VII from Contemporary Sources*, III, 34, Longmans, Green & Co., London, 1914, pp. 133-150.

⁵⁸ Mi pequeño nocero / no me dio otra fruta / más que una nuez de plata / y una pera de oro. La hija del Rey de España / vino a visitarme / tan solo por ver mi arbolito de nueces. Salté por el agua / bailé por el mar / y no hubo pájaro en el cielo / que me pudiera alcanzar.

⁵⁹ OPIE, I. y P., eds., *The Oxford Dictionary of Nursery Rhymes*, Oxford University Press, Oxford, 1988, 381, pp. 330-331.

⁶⁰ Sitwell, E., *Fanfare for Elizabeth*, Macmillan, London, 1946, p. 104.

Inglaterra Felipe (y probablemente más tarde Juana) fue a ver la capilla de Windsor, donde le mostrarían una valiosísima reliquia de la “vera cruz” además de otras muchas reliquias ricamente guarnecidas.

Sin otras pruebas no se puede confirmar que “la hija del Rey de España” no sea Catalina, quien vivió tanto tiempo en Inglaterra y a quien tanto amaban los ingleses. Además, aún hoy se le atribuye a Catalina el gran mérito de haber mejorado el arte de la jardinería inglesa. Sin embargo, la tradición literaria y popular insiste en que se trata de Juana y esta atribución ha sido reforzada por las ilustraciones que acompañan la canción. Una de las más famosas es la de la artista victoriana Eleonor Vere Gordon Boyle. En su conocido libro de canciones infantiles, ilustrado, incluye un cuadro para ésta en el que se ve una niña muy seria y solemne debajo del arbolito mágico y en segundo plano, una nave⁶¹.

Hasta que salgan pruebas al contrario podemos, pues, aferrarnos a esta idea tan espléndida de que una visita accidentada, breve e infeliz, hubiese dejado un rastro tan profundo en Inglaterra que siglos después se sigue conmemorando y recordando a Juana I en una canción popular para niños. Tiene cierto encanto también el hecho de que la prisionera política de Tordesillas quedase vinculada con un poema que acaba con una imagen preciosa del placer de viajar a la aventura, y en el que se expresa la más pura alegría de sentirse libre, sin que nada ni nadie la pueda atrapar.

Ars Aurificis: laus Deo, sumptus hominibus

FRANCISCO JAVIER BOADA GONZÁLEZ

EL ARTE DEL ORFEBRE: HONOR PARA DIOS, LUJO PARA LOS HOMBRES. La cita seguramente refleja el ambiente de las celebraciones religiosas en torno a la capilla de la reina doña Juana, donde la dimensión religiosa ocupó un lugar relevante en su vida. Rehacer el ajuar litúrgico que poseía la Soberana a su llegada a Tordesillas y que conservó sin muchas variaciones en los cuarenta y seis años que permaneció recluida en el Palacio Real de dicha localidad, implica aclarar algunos términos y establecer algunas clasificaciones funcionales antes de abordar todo lo relativo a las piezas dentro de las celebraciones litúrgicas.

Según la vigésima segunda edición del diccionario de la RAE: “La orfebrería es el arte del orfebre” y “orfebre es la persona que labra objetos artísticos de oro, plata y otros metales preciosos, o aleaciones de ellos. Persona que labra cobre y otros metales”, no dice más. Si es cierto que la Real Academia: “limpia, fija y da esplendor”, a estas definiciones, que son “limpias y fijas”, les falta todo el esplendor y la dignidad propias de una de las más sublimes y magníficas manifestaciones artísticas de todos los tiempos que el hombre ha podido crear: el *Ars Aurificis* o *Arte*, con mayúscula, de la Orfebrería. Aunque por la contra, en la actualidad y gracias a los estudios y publicaciones de especialistas en el tema está alcanzando el puesto que le corresponde dentro del patrimonio cultural. Sin estas obras de las mal llamadas e infravaloradas durante mucho tiempo “Artes Menores”, tendríamos una visión parcial del contexto de los acontecimientos y hechos históricos de nuestro pasado. Disminuiríamos, por lo tanto, nuestro conocimiento y posterior entendimiento y enjuiciamiento, despilfarrando detalles claves para descifrar, interpretar y desentrañar el largo periplo de la Historia. Es cierto que todas las piezas son orfebrería pero no todas son Arte. Serían solamente aquellas piezas que por su belleza, o por su valor histórico, calidad técnica o importancia artística, pudieran ser representativas y nos permitiesen reconstruir con mayor fidelidad el ambiente, la sociedad y la época que las había originado.

La orfebrería ha sido una de las manifestaciones artísticas en las que más directamente han influido los avatares históricos. Las piezas de oro y plata fueron, y son, consideradas por sus adquirentes, como una inversión a largo plazo, que en caso de necesidad se puede convertir en moneda de cambio. Este valor crematístico les ha hecho ser uno de los objetivos principales de los robos, saqueos y pillajes, por lo que muchas de estas piezas terminaron, en el peor de los casos, en el horno de fundición. No es así en su mayoría el caso de las pertenencias litúrgicas de la Reina.

⁶¹ GORDON BOYLE, E. V., *Child's Play*, 1852.